

APUNTES PARA UNA FENOMENOLOGÍA DE LA AUSENCIA

Carlota SERRAHIMA

Universitat de València

carlota.serrahima@uv.es

Como probablemente sea el caso de más de uno de los compañeros presentes hoy en esta mesa, conocí a Francesc en el aula, en la asignatura de Antropología Filosófica I que él impartía en la Universidad de Barcelona. Era la primera clase que los alumnos recién llegados a la Licenciatura de Filosofía recibíamos en nuestro primer curso en la facultad —creo, los lunes. Es decir: Francesc era el primer contacto de todos los estudiantes con la filosofía académica. Para mí, eso sucedió en septiembre de 2006.

No fue hasta febrero de 2007, al inicio del segundo semestre de ese primer curso, que mi relación con Francesc, hasta entonces básicamente distante —por mi parte la relación, si puede llamarse así, de la alumna que observa al profesor desde, recuerdo, bastante lejos; algo perpleja ante el ritmo especialmente lento de su discurso magistral, y ante lo que parecía ser una absorción total de él en los libros de los que nos hablaba, de los que no solía apartar la vista—, pasó a ser otra. Hablamos; me preguntó si en mi casa había libros; también, creo, si tenía formación musical. Al hilo de todo esto, acordamos encontrarnos regularmente para leer y comentar *Ser y tiempo*.

No recuerdo cuánto duró ese seminario de lectura de *Ser y tiempo*, pero no fue poco: quizás un año o incluso más. En ese tiempo, no pasamos del párrafo 18. Reconozco que fui yo —tal y como Francesc se ocupaba de recordarme posteriormente a menudo— quien manifestó cierto cansancio y sugirió cambiar de texto. Francesc propuso entonces leer a Husserl, abordando, para empezar, la quinta Investigación Lógica. Tampoco recuerdo cuánto duró ese segundo seminario de lectura, pero también en este caso tengo certeza de que duró bastante, quizás otro año o incluso más. En ese tiempo leímos sólo lo que nos habíamos propuesto como paso iniciático, la quinta Investigación.

Estos hechos son anecdóticos, aunque no *meramente* anecdóticos. Son anecdóticos porque son personales, y además ejemplifican sólo uno de los aspectos de la relación de mentoría que construyó Francesc en esos años iniciales. También me integró en el GEF —el Grup d'Estudis Fenomenològics del cual forman parte Pau Pedragosa, Xavier Escribano, Marta Jorba, Joan González y Íngrid Vendrell, presentes aquí, y muchos otros—, y no es exagerado decir que todo lo que sé de fenomenología lo he aprendido allí. Pero no son, estos hechos, meramente anecdóticos, porque reflejan la manera que tenía Francesc de entender la filosofía y, quiero resaltar especialmente, la mentoría: como una relación que se va tejiendo en un tiempo en el que cabe el diálogo con silencios; la consideración de ideas todavía sin juicio y después, quizás, el juicio sobre las ideas; la comprensión, la incomprendición, el aburrimiento; y la expresión de todo ello. En definitiva, un tiempo en el que los implicados actúan como si tuvieran tiempo.

Cerraré este capítulo de hechos anecdóticos —por autobiográficos— apuntando que aquellas sesiones de lectura fueron derivando en otra cosa cuando Francesc devino mi director, y yo su estudiante, de doctorado. Debo decir que Francesc tuvo en ese momento un gesto que sólo puede interpretarse como una manifestación de virtud, moral y epistémica: hubo generosidad y apertura de miras en su voluntad de no ser sólo él mi director, sino también su colega analítico Manuel García-Carpintero; y en su esfuerzo para que el grupo de investigación que me acogiera fuese el grupo Logos de filosofía analítica. Hubo generosidad y apertura de miras porque aquello me facilitó las cosas, a la vez que impactó de forma remarcablemente en la manera como nos relacionábamos Francesc, yo y la fenomenología.

Quiero separarme ahora un poco del relato autobiográfico para exponer muy brevemente algunas de las ideas que Francesc me ayudó a articular en esa tesis. Quiero hacerlo porque, de un tiempo a esta parte, me ha resultado fructífero recurrir a esas ideas para reflexionar sobre la experiencia de la ausencia, y en particular sobre la experiencia de la ausencia en el duelo. He pensado que sería oportuno, en esta ocasión, compartir con ustedes unos esbozos de esas reflexiones. Me dispongo pues a hacerlo, si me permiten, de manera bastante poco sistemática y necesariamente escueta, articulándolas alrededor de tres imágenes que hoy vinculo con Francesc, y que introduciré más adelante. Por las razones autobiográficas explicadas, lo que yo puedo tematizar hoy es la experiencia del duelo relativa a una relación de mentoría construida de la manera que les he contado; y lo que quisiera comunicarles es cuán significativa puede llegar a ser esta experiencia.

Empiezo situándoles: me interesa pensar en el cuerpo vivido. Más en particular, me interesa pensar en la experiencia de dársenos *como mío* el cuerpo que sentimos “desde dentro”; es decir, el cuerpo que sentimos cuando tenemos sensaciones táctiles, de dolor, de hambre, de calor o de frío, cinestésicas, propioceptivas. ¿En qué consiste exactamente, en el ámbito específico de la sensación, la experiencia tan peculiar de este objeto como algo subjetivo —como algo que soy yo? Encontramos, creo, una respuesta en la noción de campo sensorial: experimento el cuerpo *como mío* en la sensación porque, en ella, lo experimento *como un campo sensorial*.

¿Cómo ilumina esta noción de campo sensorial nuestra pregunta acerca de la subjetividad del cuerpo? Pensemos por un momento en el campo visual, ejemplo paradigmático de campo sensorial. El campo visual es lo que podemos llamar un *elemento estructural* de nuestras experiencias visuales: aparece en todas ellas, pero con un estatuto diferente al de los objetos externos que ellas representan: el campo es el área dentro de la cual se presentan los objetos representados, dentro de los límites de la cual quedan espacialmente ordenados estos objetos. Dichos límites del campo son tácitamente operativos, pero forzando la atención, podemos fijarnos en ellos. Cuando lo hacemos, lo tácito deviene explícito: el campo visual se nos da como lo que es, algo subjetivo —en el sentido exacto de ser un elemento estructural de las experiencias, las cuales son, efectivamente, algo subjetivo.

Les pido que acepten ahora este marco: también el cuerpo, sentido desde dentro, tiene un estatuto especial en virtud de dársenos como aquello que permite nuestro acceso perceptivo al resto de objetos. Esto es paradigmáticamente así en el tacto: los objetos del tacto, en contacto directo con los límites del cuerpo, nos permiten percibir estos límites; límites corporales que, relativamente constantes en todas nuestras experiencias táctiles, son ni más ni menos que los límites del área en la cual los objetos del tacto se presentan. Así, el cuerpo sentido estructura nuestro acceso al mundo, en el sentido concreto de ser condición de posibilidad de *mis* experiencias táctiles de los objetos mundanos. La huella fenomenológica de ello es justamente la vivencia del cuerpo como lo subjetivo de la sensación táctil. Si aceptamos esto para el tacto, quiero sugerir, podemos aceptarlo para todas las sensaciones. Nuestra vivencia del cuerpo, incluso cuando no está en contacto con los objetos externos, es la vivencia de algo que *estructura nuestra experiencia del mundo*, por el hecho exacto de que *podría estar en contacto con los objetos*. Y así es como se vive. El cuerpo se vive siempre como un campo sensorial, porque se vive como aquello en virtud de lo cual podríamos ser *afectados* por los objetos; tener experiencias *nuestras* de lo que está, físicamente, fuera de nosotros.

Este es el marco. Los detalles no son relevantes ahora. Lo relevante es la idea general que se sigue de él y a la que quiero acogerme: nuestra vivencia más fundamental de nosotros mismos consiste, por lo menos en parte, en la vivencia constante de una expectativa encarnada de contacto con aquello que existe fuera de nosotros.

Este marco es fructífero para pensar en nuestra experiencia de la *presencia* de aquello que percibimos. Es decir, para pensar en nuestra experiencia de los objetos mundanos como existentes ahí fuera, independientes de nosotros. He aquí la idea: los objetos se nos dan como presentes si se nos dan como algo que está, o crucialmente, podría estar, en contacto con nosotros. En otras palabras, los objetos se nos dan como presentes si se nos dan como algo que podría causar en nosotros variaciones de lo táctil en el sentido más amplio; que podría *afectar-nos*. Pienso, pues, en la presencia como la propiedad de suscitar expectativas corporales de contacto.

A partir de ahí, podemos pensar también en la experiencia vivida de la *ausencia* como una forma de fallo de esta expectativa corporal: un fallo de la afectación que esperamos que el entorno y sus ocupantes tengan en nosotros. Esto funciona, creo, en abstracto, para la percepción de ausencias en general. Pero puede funcionar también, más en concreto, para la vivencia de la ausencia en el duelo. Aquello que se nos da como ausente se nos presentará de manera más articulada en cuanto al contenido, y con más viveza, cuantas más habitualidades hayan sido fijadas al hilo de nuestra expectativa de interacción con ello. Este es el caso de las personas a las que queremos, y de su falta.

En su artículo “Presence in absence. The ambiguous phenomenology of grief” (2018), Thomas Fuchs reconoce este elemento de protensión corporal, basado en las habitualidades de la memoria, como un elemento fundamental del duelo. Fuchs parece sugerir que, más fundamental que esto, hay en el duelo un elemento de desajuste temporal entre el pasado, que sabemos pasado, y en el que la persona querida todavía estaba; y el presente, en el que sabemos que la persona querida ya no está. Yo tengo la impresión de que el orden de la fundamentación es el inverso: lo que, en el duelo, caracteriza nuestra experiencia de la persona querida como vívidamente ausente es la constante protensión corporal incumplida; junto con la certeza, que viene de algún sitio que no es el cuerpo, de que esta expectativa no se puede cumplir. La experiencia de un desajuste temporal entre un pasado con la persona querida, y un presente sin ella, resulta del fallo constante de las habitualidades del cuerpo que apuntan al futuro.

En lo que sigue, y como última parte de mi intervención, quiero valerme de estas observaciones para comentar tres imágenes que hoy me sirven para evocar a Francesc. Espero que esto sirva, no sólo para iluminar mi experiencia específica del duelo, sino también para enriquecer la descripción de la manera como Francesc entendía y ejercía la mentoría, que es la razón de ser de dicha experiencia específica.

La primera imagen es la de una alarma guardada en la aplicación de reloj de mi teléfono. Es una alarma para las 12h del mediodía, con un mensaje recordatorio: “Trucar Peranya” (“Llamar a Peranya”). Sobre todo en los últimos meses, la programaba a veces para no olvidarme de llamar a Francesc y hablar con él por teléfono. Está ahí, como un *recordatorio del pasado*, en varios sentidos. Primero, como el *recuerdo de un recordatorio*. Esta alarma fue guardada en mi teléfono con la función de impulsarme a hacer algo en un futuro planeado, de esta manera en que funcionan las alarmas de este tipo: se programan para que, cuando salten, uno satisfaga su mandato inmediatamente. En este sentido, esta alarma es ahora obsoleta porque no la puedo programar para las 12h de ningún día concreto sin que esto constituya la irracionalidad de mandarme a mí misma hacer algo que sé que no puede realizarse. Pero es interesante pensar en el por qué de no eliminar, entonces, la alarma de la lista, y verla ahí a menudo. Es porque se trata de un *recordatorio del pasado* en otro sentido. Su registro me recuerda cómo eran las cosas, y lo hace casi literalmente al reactivar por un instante la protensión corporal que todavía existe. Es el registro del momento justo del salto del presente hacia el futuro; la posibilidad de recordar la importancia de recibir esa orden en concreto. Hay algo reconfortante en revivir estos recordatorios del cuerpo.

La segunda imagen es la de dos libros en mi escritorio, *Antropología filosófica*, de Ernst Cassirer, y *Apología de lo contingente*, de Odo Marquard. Francesc me los dio porque sabía que ahora imparto la asignatura de Antropología filosófica en la Universidad de Valencia: son los ejemplares que él usaba para su asignatura en Barcelona. Estos objetos acarrean, también de una manera casi literal, el simbolismo de la transmisión de saber, y me remiten a una certeza rotunda: filosóficamente, yo le preguntaría todo a Francesc. Todas las ideas a las que accedo piden ser comentadas con él a su manera, y todos los proyectos teóricos que me dispongo a emprender se me presentan incompletos por este motivo. En esto seguramente haya cierto grado de comunión con los compañeros del GEF: es incesante la actualización de la expectativa de partir con nuestro maestro sobre todas las cosas, e intensa la vivencia del fallo de esta expectativa.

Con todo, Fuchs define una fase final del duelo, la del “reajuste” y la “reintegración”, en la que el sujeto reconoce y acepta los cambios profundos de su nueva realidad, y establece entonces desde ahí una relación nueva con la persona querida. Nuestro maestro estuvo ahí para nosotros *tanto*, que a menudo es fácil imaginar cómo serían sus respuestas —por lo menos, con qué tono nos las daría y a qué tipo de problema apuntarían. Si uno se fija en la respuesta imaginada, se desdibuja entonces su contenido: ahí la experiencia de la ausencia. Pero puede que la idea esquemática imaginada sea, con el tiempo, suficiente para seguir creciendo con Francesc de una manera nueva. Francesc trabajó mucho para que esto fuera así.

La última imagen que quiero evocar es un recuerdo. Es el gesto de Francesc el último dio en que nos vimos: me apretó la mano y después besó su dorso. Una despedida. Esta imagen contiene las razones, que ya he comenzado a apuntar en el comentario sobre la segunda imagen, por las que los duelos pueden cerrarse sin extrañas ni incomodidades. El proceso de reajuste y reintegración del que nos habla Fuchs se consigue cuando recuperamos la memoria: la representación del pasado ya como pasado, sin desajustes. Y la memoria permitirá, dice el autor, la narración. El caso es que la mentoría de Francesc se deja ya explicar narrativamente como un gesto perfecto. Su gesto inicial de recibimiento continúa en un gesto constante de acompañamiento, y también de apertura a otras ideas y formas de hacer. Incluso los titubeos están en continuidad con estos gestos: si alguien te está dando la mano, no es extraño sentir que titubea. La relación se cierra finalmente con ese gesto de apretarse las manos: la expectativa encarnada de contacto plenamente cumplida.

Dice Fuchs que la narración incluye también el hecho de explicarles a los demás la historia de nuestra relación con la persona para integrarla en la esfera intersubjetiva. Se diría que esto es lo que estamos haciendo hoy en este acto de homenaje. Es una parte del mecanismo por el cual nos reconciliamos con el hecho de que nuestras habitualidades nos proyecten constantemente hacia quien queremos, para que esto pase a vivirse, no como algo extraño, sino como algo que puede ser satisfecho por un tipo de presencia del otro conjuntamente reinventada. Agradezco mucho que hoy me hayan dejado contribuir a este relato compartido.

Recibido: 23-11-2025

Aceptado: 01-12-2025